

Llegar la empresa al cabo comenzada
Por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;
Ambos jóvenes son de edad florida,
Iguales en la fuerza y ejercicio;
Mas la suerte de Rengo enflaquecida,
Y el hado que hasta allí le fué propicio,
Hicieron que perdiese á su despecho
Del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo hácia el un lado
Engaste de un guijarro, y nuevamente
Estaba de su encaje levantado
Por el concurso y huella de la gente;
De esto el cansado Rengo no avisado
Metió el pié dentro, y desgraciadamente
Cual cae de la segur herido el pino
Con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
Resurte arriba del macizo suelo,
Ni el águila que al robo cala de alto
Sube en el aire con tan recio vuelo,
Como de corrimiento el seso falto
Rengo rabioso amenazando al cielo
Se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra,
Y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
Por el furioso Alcides derribado,
Que de la tierra madre recogido
Cobraba fuerza y ánimo doblado,
Así el airado Rengo embravecido,
Que apenas en la arena habia tocado,
Sobre el contrario arriba de tal suerte,
Que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente
El público lugar considerando,
Que abrasado de fuego y rabia ardiente
Se le fueron las fuerzas aumentando,
Y furioso, colérico, impaciente
De suerte á Leucoton va retirando,
Que apenas le resiste; y el suceso
Oireis en el siguiente canto expreso.

CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Quando los corazones nunca usados
Á dar señal y muestra de flaqueza
Se ven en lugar público afrentados,
Entonces manifiestan su grandeza:
Fortalecen los miembros fatigados,
Despiden el cansancio y la torpeza,
Y salen fácilmente con las cosas
Que eran antes, señor, dificultosas:

Así le avino á Rengo, que en cayendo,
Tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
Que lleno de furor y en ira ardiendo
Se le dobló la fuerza y el aliento;
Y al enemigo fuerte no pudiendo
Ganarle antes un paso, agora ciento
Alzado de la tierra lo llevaba,
Que aun afirmar los piés no lo dejaba.

Adelante la cólera pasara,
Y hubiera alguna brega en aquel llano
Si receloso desto no bajara
Presto de arriba el hijo de Pillano,
Que de Caupolican traía la vara,
Y él propio los aparta de su mano,
Que no fué poco en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido
Despartida la lucha ya enconada,
Le fué á Rengo su honor restituído,
Mas quedó sin derecho á la celada:
Aun no estaba del todo difinido,

Ni la plaza de gente despejada,
 Cuando el mozo Orompello dijo presto:
 «Mi vez ahora me toca, mio es el puesto.»

Que bramando entre sí se deshacia
 Esperando aquel tiempo deseado,
 Viendo que Leucoton ya mantenía,
 Del tiro de la lanza no olvidado:
 Con gran desenvoltura y gallardía
 Salta el palenque y entra el estacado,
 Y en medio de la plaza, como digo,
 Llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento
 Creció, porque parando el pueblo en ello,
 Conoce por allí cuán descontento
 Del fuerte Leucoton está Orompello:
 Témesese que vendrán á rompimiento;
 Mas nadie se atraviesa á defendello,
 Antes la plaza libre los dejaron,
 Y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo de la lucha deseoso,
 La mas parte á Orompello se inclinaba;
 Mira los bellos miembros y el airoso
 Cuerpo que á la sazón se desnudaba:
 La gracia, el pelo crespo y el hermoso
 Rostro, donde su poca edad mostraba,
 Que veinte años cumplidos no tenía,
 Y á Leucoton á fuerzas desafía.

Juzgan ser desconformes los presentes
 Las fuerzas destes dos por la apariencia,
 Viendo del uno el talle, y los valientes
 Niervos, edad perfeta y experiencia;
 Y del otro los miembros diferentes,
 La tierna edad y grata adolescencia,
 Aunque á tal opinion contradecía
 La muestra de Orompello y osadia.

Que puesto en su lugar, ufano espera
 El són de la trompeta, como cuando
 El fogoso caballo en la carrera
 La seña del partir está aguardando,
 Y cual halcon que en la húmida ribera
 Ve la garza de léjos blanqueando,
 Que se alegra y se pule ya lozano,
 Y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
 Aquel alegre són para moverse,
 Que de ver la tardanza imaginaba
 Que habian impedimentos de ofrecerse:
 Visto que tanto ya se dilataba,
 Queriendo á su sabor satisfacerse,
 Derecho á Leucoton sale animoso,
 Que no fué en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
 Quedando mudos todos los presentes,
 En medio de la plaza mano á mano
 Salen á se probar los dos valientes:
 Como cuando el lebrél y fiero alano,
 Mostrándose con ronco són los dientes,
 Yertos los cerros y ojos encendidos,
 Se vienen á morder embravecidos:

De tal modo los dos amordazados,
 Sin esperar trompeta ni padrino,
 De coraje y rencor estimulados,
 De medio á medio parten el camino;
 Y en un instante iguales, aferrados
 Con extremada fuerza y diestro tino,
 Se ciñeron los brazos poderosos,
 Echándose á los piés lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
 Los lleva, arroja y vuelve á todos lados;
 Viéranlos sin mudarse á veces tales,
 Que parecen en tierra estar clavados;
 Donde ponen los piés, dejan señales,
 Cavan el duro suelo, y apretados
 Juntándose rodillas con rodillas
 Hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
 Usaba, que en tal tiempo usar podia,
 Viendo el duro tesón y fuerza extraña
 Que en su recio adversario conocia:
 Revuélvense los dos por la campaña,
 Sin conocerse en nadie mejoría;
 Pero tanto de acá y de allá anduvieron
 Que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.
 Fué tan presto el caer, y en el momento
 Tan presto el levantarse, por manera
 Que se puede decir que el mas atento

Á mover la pestaña no lo viera :
 Ventaja ni señal de vencimiento
 Juzgarse por entonces no pudiera ,
 Que Leucoton arrodilló en el llano ,
 Y Orompello tocó sola una mano .
 En esto los padrinos se metieron ,
 Y á cada lado el suyo retirando ,
 En disputa la lucha resumieron ,
 Sus puntos y razones alegando :
 De entrambas partes gentes acudieron ,
 La porfia y rumor multiplicando ,
 Quién daba al uno el precio, honor y gloria ,
 Quién cantaba del otro la vitoria .

Tucapelo , que estaba en un asiento
 A la diestra del hijo de Pillano ,
 Visto lo que pasaba , en el momento
 Salta en la plaza , la ferrada en mano ,
 Y con aquel usado atrevimiento
 Dice : «El precio ganó mi primo hermano ,
 Y si alguno esta causa me defiende ,
 Haréle yo entender que no lo entiende .

«La joya es de Orompello , y quien bastante
 Se halla á reprobear el voto mio ,
 En campo estamos , hágase adelante ,
 Que en suma le desmiento y desafío .»
 Leucoton con un término arrogante
 Dice : «Yo amansaré tu loco brio ,
 Y el vano orgullo y necio devaneo ,
 Que mucho tiempo há ya que lo deseo .»

«Conmigo lo has de haber , que comenzado
 Juego tenemos ya ,» dijo Orompello .
 Responde Leucoton fiero y airado :
 «Contigo y con tu primo quiero habello :»
 Caupolican en esto era llegado ,
 Que del supremo asiento , viendo aquello ,
 Habia bajado á la sazón confuso ,
 Y allí su autoridad toda interpuso .

Leucoton y Orompello conociendo
 Que el gran Caupolican allí venia ,
 Las enconosas voces reprimiendo ,
 Cada cual por su parte se desvia ;
 Mas Tucapel la maza revolviendo ,
 Que otro acuerdo y concierto no queria ,

Lleno de ira diabólica no calla
 Llamando á todo el mundo á la batalla .

Ruego y medios con él no valen nada
 Del hijo de Leocan, ni de otra gente,
 Diciendo que á Orompello la celada
 Le dén por vencedor y mas valiente :
 Despues, que en plaza franca y estacada
 Con Leucoton le dejen libremente ,
 Donde aquella disputa se decida ,
 Perdiendo de los dos uno la vida .

Puesto Caupolican en este aprieto ,
 Lleno de rabia y de furor movido ,
 Le dice : «Haré que guardes el respeto
 Que á mi persona y cargo le es debido .»
 Tucapel le responde : «Yo prometo
 Que por temor no baje del partido ,
 Y aquel que en lo que digo no viniere
 Haga á su voluntad lo que pudiere .

«Guardaréte respeto , si derecho
 En lo que justo pido me guardares ,
 Y mientras que con recto y sano pecho
 La causa sin pasion desto mirares :
 Mas si contra razon, solo de hecho ,
 Torciendo la justicia lo llevares ,
 Por ti , y tu cargo , y todo el mundo junto
 No perderé de mi derecho un punto .»

Caupolican perdida la paciencia
 Se mueve á Tucapel determinado ;
 Mas Colocolo , viejo de experiencia ,
 Que con temor le andaba siempre al lado ,
 Le hizo una acatada resistencia
 Diciendo : «¿Estás , señor , tan olvidado
 De tí y tu autoridad , y salud nuestra ,
 Que lo pongas en solo alzar la diestra ?

«Mira , señor , que todo se aventura ,
 Mira que están los mas ya diferentes ;
 De Tucapel conoces la locura ,
 Y la fuerza que tiene de parientes ;
 Lo que enmendar se puede con cordura ,
 No lo enmiendes con sangre de inocentes :
 Dale á Orompello el contenido precio ,
 Y otro al competidor de igual aprecio .

«Si por rigor y término sangriento

Quieres poner en riesgo lo que queda,
 Puesto que sobre fijo fundamento
 Fortuna á tu sabor mueva la rueda,
 Y el juvenil furor y atrevimiento
 Castigar á tu salvo te conceda,
 Queda tu fuerza mas disminuida,
 Y al fin tu autoridad menos temida.
 «Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
 Que el limite araucano han extendido,
 Y en las fieras naciones apartadas
 Hacen que sea tu nombre tan temido:
 Si agora han sido aquí desacatadas,
 Mira lo que otras veces han servido,
 En trances peligrosos derramando
 La sangre propia y del contrario bando.»
 Imprimieron así en Caupolicano
 Las razones y celo de aquel viejo,
 Que frenando el furor dijo: «En tu mano
 Lo dejo todo, y tomo ese consejo.»
 Con tal resolucion, el sábio anciano
 Viendo abierto camino y aparejo,
 Habló con Leucoton, que vino en todo,
 Y á los primos despues del mismo modo.
 Y así el viejo eficaz los persuadiera,
 Que en tal discordia y caso tan diviso,
 Lo que el mundo universo no pudiera,
 Pudo su discrecion y buen aviso:
 Fuéles pues reduciendo de manera
 Que vinieron á todo lo que quiso;
 Pero con condicion que la celada
 Por precio de Orompello fuese dada.
 Pues la rica celada allí traída,
 Al ufano Orompello le fué puesta;
 Y una cuera de malla guarnecida
 De fino oro á la par vino con esta,
 Y al mismo tiempo á Leucoton vestida:
 Todos conformes en alegre fiesta
 Á las copiosas mesas se sentaron,
 Donde mas la amistad confederaron.
 Acabado el comer, lo que del dia
 Les quedaba, las mesas levantadas,
 Se pasó en regocijo y alegría,
 Tejiendo en corros danzas siempre usadas,

Donde un número grande intervenia
 De mozos y mujeres festejadas;
 Que las pruebas cesaron y ocasiones,
 Atento á no mover nuevas cuestiones.
 Cuando la noche el horizonte cierra
 Y con la negra sombra el mundo abraza,
 Los principales hombres de la tierra
 Se juntaron en una antigua plaza
 Á tratar de las cosas de la guerra,
 Y en el discurso dellas dar la traza,
 Diciendo que el subsidio padecido
 Había de ser con sangre redimido.
 Salieron con que al hijo de Pillano
 Se cometiese el cargo deseado,
 Y el número de gente por su mano
 Fuese absolutamente señalado:
 Tal era la opinion del araucano,
 Y tal crédito y fama habia alcanzado,
 Que si asolar el cielo prometiera,
 Crédito á la promesa se le diera.
 Y entre la gente jóven mas granada
 Fueron por él quinientos escogidos,
 Mozos gallardos de la vida airada,
 Por mas bravos que pláticos tenidos:
 Y hubo de otros por ir esta jornada
 Tantos ruegos, protestos y partidos,
 Que excusa no bastó ni impedimento
 Á no exceder la copia en otros ciento.
 Los que Lautaro escoge son soldados
 Amigos de inquietud, facinerosos,
 En el duro trabajo ejercitados,
 Perversos, disolutos, sediciosos,
 Á cualquiera maldad determinados,
 De presas y ganancias codiciosos,
 Homicidas, sangrientos, temerarios,
 Ladrones, bandoleros y cosarios.
 Con esta buena gente caminaba
 Hasta Maule de paz atravesando,
 Y las tierras despues por do pasaba
 Las iba á fuego y sangre sujetando:
 Todo sin resistir se le allanaba
 Poniéndose debajo de su mando;
 Los caciques le ofrecen francamente

Servicio , armas , comida , ropa y gente.

Así que por los pueblos y ciudades
La comarca los bárbaros destruyen ,
Talan comidas , casas y heredades ,
Que los indios de miedo al pueblo huyen :
Estupros , adulterios y maldades
Por violencia sin término concluyen ,
No reservando edad , estado y tierra ,
Que á todo riesgo y trance era la guerra.

No paran con la gana que tenían
De venir con los nuestros á la prueba ,
Los indios comarcanos que huían
Llevan á la ciudad la triste nueva :
Rumores y alborotos se movían ,
El bélico bullicio se renueva ,
Aunque algunos que el caso contemplaban ,
Á tales nuevas crédito no daban.

Dicen , que era locura claramente
Pensar que así una escuadra desmandada
De tan pequeño número de gente
Se atreviese á emprender esta jornada :
Y mas contra ciudad tan eminente ,
Y léjos de su tierra y apartada ;
Pero los que de Penco habían salido ,
Tienen por mas el daño que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino ,
Estos son de los jóvenes briosos ,
Otros que era imprudencia y desatino
Por los pasos y sitios peligrosos :
Á todo con presteza se previno ,
Que de grandes reparos ingeniosos
El pueblo fortalecen , y en un punto
Despachan corredores todo junto ,

Debajo de un caudillo diligente
Que verdadera relacion trujese
Del número y designio de la gente ,
Con comision , si lance le saliese ,
Á su honor y defensa conveniente ,
Que al bárbaro escuadron acometiese ,
Volviendo á rienda suelta dos soldados
Para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado ,
Abrevio con decir que se partieron ,

Y al cuarto dia con ánimo esforzado
Sobre el campo enemigo amanecieron :
Trabóse el juego , y no duró trabado ,
Que los bárbaros luego los rompieron ,
Y todos con cuidado y piés ligeros
Revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento , cansados y afligidos
Vuelven con testimonio asaz bastante
De cómo fueron rotos y vencidos
Por la fuerza del bárbaro pujante ;
Lasos , llenos de sangre , mal heridos ,
Con pérdida de un hombre , el cual delante
Y en medio de los campos desmandado ,
Á manos de Lautaro había espirado.

Cuentan que levantado un muro había
Adonde con sus bárbaros se acoge ,
Y que infinita gente le acudia ,
De la cual la mas diestra y fuerte escoge ;
Tambien que bastimentos cada dia
Y cantidad de municion recoge
Afirmando por cierto fuera desto
Que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba ,
Teniendo allí el venir por desvario ,
Á tan clara señal crédito daba ,
Helándole la sangre un miedo frio ;
Quién de pura congoja trasudaba ,
Que de Lautaro ya conoce el brio ;
Quién con ardiente y animoso pecho
Bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagran enfermado acaso había ,
No puede á la sazón seguir la guerra ;
Mas con ruegos y dádivas movía
La gente mas gallarda de la tierra :
Y por caudillo en su lugar ponía
Un caro primo suyo en quien se encierra
Todo lo que conviene á buen soldado :
Pedro de Villagran era llamado.

Este sin mas tardar tomó el camino
En demanda del bárbaro Lautaro ,
Y el cargo que tan loco desatino
Como es venir allí le cueste caro :
Dióse tal priesa á andar , que presto vino

A la corva ribera del rio claro,
Que vuelve atrás en círculo gran trecho,
Después hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto
De donde estaba el bárbaro alojado,
En el lugar mejor y más dispuesto,
Y allí por ver la noche ha reparado:
Estaba á cualquier trance y rumor presto,
De guardia y centinelas rodeado,
Cuando sin entender la cosa cierta,
Gritaban: «Arma, arma, alerta, alerta.»

Esto fué que Lautaro había sabido
Cómo allí nuestra gente era llegada,
Que después de la haber reconocido
Por su misma persona y numerada,
Volvióse sin de nadie ser sentido,
Y mostrando estimarlo todo en nada,
Hizo de los caballos que tenía
Soltar el de más furia y lozania,

Diciendo en alta voz: «Si no me engaño,
No deben de saber que soy Lautaro
De quien han recibido tanto daño,
Daño que no tendrá jamás reparo:
Mas porque no me tengan por extraño,
Y el ser yo aquí venido sea más claro,
Sabiendo con quien vienen á la prueba,
Quiero que este rocin lleve la nueva.»

Diez caballos, señor, había ganado
En la refriega y última revuelta,
El mejor ensillado y enfrenado,
Porque diese el aviso cierto, suelta:
Siendo el feroz caballo amenazado
Hacia el campo español toma la vuelta
Al rastro y al olor de los caballos,
Y esta fué la ocasion de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta,
Que dió más fuerza al arma y mayor fuego;
La gente recatada se levanta
Con sobresalto y gran desasosiego;
El escándalo tanto no fué cuanta
Era después la burla, risa y juego
De ver que un animal de tal manera
En arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto
Hasta el nuevo apuntar de la mañana,
Que con ánimo y firme presupuesto
De vencer ó morir de buena gana,
Salen del sitio y alojado puesto
Contra la gente bárbara araucana,
Que no menos estaba acodiciada
Del venir al efeto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto había,
Que quien fuera del muro un paso diese
Como por crimen grave y rebeldía,
Sin otra informacion luego muriese.
Así el temor frenando á la osadía,
Por más que la ocasion la conmoviese,
Las riendas no rompió de la obediencia,
Ni el impetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto
No dejando salir soldado fuera;
Quiere que su partido sea más cierto
Encerrando á los nuestros, de manera
Que no les aproveche en campo abierto
De ligeros caballos la carrera,
Mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
Y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el orden así, que acometiendo
La plaza, al tiempo del herir volviesen
Las espaldas los bárbaros huyendo,
Porque dentro los nuestros se metiesen,
Y algunos por defuera revolviendo,
Antes que los cristianos se advirtiesen
Ocuparles las puertas del cercado,
Y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban
A la gente española que venía,
Y en viéndola asomar la saludaban
Alzando una terrible vocería:
Soberbios desde allí la amenazaban
Con audacia, desprecio y bizarria;
Quién la fornida pica blandiendo,
Quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,
Cuando aquellos que cerca los desean
Con silbos y rumor de los tablados

Seguros del peligro los toreañ,
Y en su daño los hierros amolados,
Sin miedo amenazándolos blandean:
Así la gente bárbara araucana
Del muro amenazaba á la cristiana.

Los españoles siempre con semblante
De parecerles poca aquella caza,
Paso á paso caminan adelante
Pensando de allanar la fuerte plaza,
En alta voz diciendo: «No es bastante
El muro, ni la pica y dura maza
A estorbaros la muerte merecida
Por la gran desvergüenza cometida.»

Llegados de la fuerza poco trecho,
Reconocida bien por cada parte,
Pónenle el rostro, y sin torcer derecho
Asaltan el fosado baluarte:
Por acabado tienen aquel hecho;
De los bárbaros huye la mas parte;
Ganan las puertas francas con gran gloria
Cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relacion deste contento,
Si los primeros indios aguardaran
Tanto espacio y sazón cuanto un momento,
Que las puertas los últimos tomaran:
Mas viéndolos entrar, sin sufrimiento
Ni poderse abstener, luego reparan,
Haciendo la señal que no debían,
Hicieron revolver los que huían.

Como corre el caballo cuando ha oído
Las yeguas que atrás quedan y querencia,
Que allí el intento inclina y el sentido,
Gime y relincha con celosa ausencia,
Alloja el curso, atrás tiende el oído
Alerto á si el señor le da licencia,
Que á dar la vuelta aun no le ha señalado
Cuándo sobre los piés ha volteado:

De aquel modo los bárbaros huyendo
Con muestra de temor, aunque fingida,
Firman el paso presuroso, oyendo
La alegre y cierta seña conocida;
Y en contra de los nuestros esgrimiendo
La cruda espada al parecer rendida,

Vuelven con una furia tan terrible
Que el suelo retemblo del són horrible.

Como por sesgo mar del manso viento
Siguen las graves olas el camino,
Y con furioso y recio movimiento
Salta el contrario coro repentino;
Que las arenas del profundo asiento
Las saca arriba en turbio remolino,
Y las hinchadas olas revolviendo
Al tempestuoso coro van siguiendo:

De la misma manera á nuestra gente,
Que el alcance sin término seguía,
La súbita mudanza de repente
Le turbó la vitoria y alegría;
Que sin se reparar violentamente
Por el mismo camino revolvia,
Resistiendo con ánimo esforzado
El número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso río de fama,
La presa y palizada desatando
Por inculto camino se derrama
Los arraigados troncos arrancando,
Cuando con desfrenado curso brama
Cuanto topa delante arrebatando,
Y los duros peñascos enterrados
Por las furiosas aguas son llevados:

Con ímpetu y violencia semejante
Los indios á los nuestros arrancaron,
Y sin paralles cosa por delante
En furiosa corriente los llevaron,
Hasta que con veloz furor pujante
De la cerrada plaza los lanzaron:
Que el miedo de perder allí la vida
Les hizo el paso llano á la salida.

De mas priesa y con piés mas desenvueltos
Los sueltos españoles que á la entrada,
En una polvorosa nube envueltos
Salen del cerco estrecho y palizada:
Entre ellos van los bárbaros revueltos
Una gente con otra amontonada,
Que sin perder un punto se herían
De manos y de piés como podían
No el alzado antepecho y agujeros

Que fuera dél en torno habia cavados,
Ni la fagina y suma de maderos
Con los fuertes bejucos amarrados,
Detuvieron el curso á los ligeros
Caballos, de los hierros hostigados,
Que como si volaran por el viento,
Salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo
Libre la plaza á los contrarios dejan,
Que la fortuna próspera siguiendo
Con prestos piés y manos los aquejan;
Pero los nuestros el morir temiendo,
Siempre alargan el paso, y mas se alejan,
Deteniendo á las veces flojamente
La gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habian corrido
Á toda furia por la seca arena,
Solo Lautaro no los ha seguido,
Lleno de enojo y de rabiosa pena:
Viendo el poco sustento del mal regido
Campo, tan recio el rico cuerno suena
Que los mas delanteros lo sintieron
Y al són sin mas correr se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,
Que mirarle á la cara nadie osaba,
Y al pabellon él solo retirado
Un nuevo edicto publicar mandaba:
Que guerrero ninguno fuese osado
Salir un paso fuera de la cava,
Aunque los españoles revolvisen
Y mil veces el fuerte acometiesen.

Despues llamando á junta á los soldados,
Aunque ardiendo en furor, templadamente
Les dice: «Amigos, vamos engañados,
Si con tan poco número de gente
Pensamos allanar los levantados
Muros de una ciudad así eminente;
La industria tiené aquí mas fuerza y parte,
Que la temeridad del fiero Marte.

«Esta los fieros ánimos reprime,
Y á los flacos y débiles esfuerza,
Las cervices indómitas oprime,
Y las hace domésticas por fuerza;

Esta el honor y pérdidas redime,
Y la sazón á usar della nos fuerza,
Que la industria solícita y fortuna
Tienen conformidad y andan á una:
«Cumple partir de aquí, muestras haciendo
Que solo de temor nos retiramos,
Y asegurar los españoles viendo
Cómo el honor y campo les dejamos:
Que despues á su tiempo revolviendo
Haremos lo que así dificultamos,
Teniendo ellos el llano, y por guarida
Vecina la ciudad fortalecida.»

El hijo de Pillan esto decia,
Cuando asomaba el bando castellano
Que con esfuerzo nuevo y osadía
Quiere probar segunda vez la mano:
Fué tanto el alborozo y alegría
De los bárbaros, viendo por el llano
Aparecer los nuestros, que al momento
Gritan y baten palmas de contento.

En esto, los cristianos acercando
Poco á poco se van á la batalla;
Y al justo tiempo del partir llegando
Dejan irse á la bárbara canalla,
Que uno la maza en alto, otro bajando
La pica, el cuerpo exento en la muralla
Con animoso esfuerzo se mostraban,
Y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas
Y comienzan allí el combate duro,
De escudos las cabezas bien cubiertas
Se llegan otros al guardado muro,
Otros buscan por partes descubiertas
La subida y el paso mas seguro:
Hinche el bando español la cava honda,
Y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadía,
Cubierto de fortísimos escudos,
La lluvia de los tiros resistía
Y los botes de lanzas muy agudos:
Era tanta la grito y armonía,
Y el espeso batir de golpes crudos,
Que Maule el raudo curso refrenaba

Confuso al són que en torno rimbombaba,
 Por las puertas, y frente y por los lados,
 El muro se combate y se defiende;
 Allí corren con priesa amontonados
 Adonde mas peligro haber se entiende;
 Allí con prestos golpes esforzados
 A su enemigo cada cual ofende
 Con furia tan terrible y fuerza dura,
 Que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros hácia atrás se retrujeron
 De los tiros y golpes impelidos,
 Tres veces y otras tantas revolvieron
 De vergonzosa cólera movidos:
 Gran pieza á la fortuna resistieron,
 Mas ya todos andaban mal heridos,
 Flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
 Y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte
 Que va en aumento el daño y la cruera;
 Hallan los españoles siempre el fuerte
 Mas fuerte y en los golpes mas dureza;
 Sin temor acometen de la muerte,
 Pero poco aprovecha esta braveza:
 Que el que menos herido y flaco andaba
 Por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
 De ver lo que los nuestros han sufrido
 De espesos golpes, flecha y piedra tanta
 Que sin cesar sobre ellos ha llovido,
 Y cuán determinados y con cuánta
 Furia tres veces han acometido:
 Desto los enemigos impacientes
 Apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa,
 Antes que va en furioso crecimiento
 Cuando la congelada piedra espesa
 Hiere los techos y se esfuerza el viento:
 Así los duros bárbaros apriesa,
 Movidos de vergüenza y corrimiento,
 Con lanzas, dardos, piedras arrojadas
 Baten dargas, rodelas y celadas.

Los cansados cristianos no pudiendo
 Sufrir el gran trabajo incomportable,

Se van forzosamente retrayendo
 Del vano intento y plaza inexpugnable,
 Y el destrozado campo recogiendo:
 Vista su suerte y hado miserable,
 Por el mesmo camino que vinieron,
 Aunque con menos furia, se volvieron.
 Aquella noche al pié de una montaña
 Vinieron á tener su alojamiento,
 Segura de enemigos la campaña,
 Que ninguno salió en su seguimiento.
 Decir prometo la cautela extraña
 De Lautaro despues, que ahora me siento
 Flaco, cansado, ronco, y entretanto
 Esforzaré la voz al nuevo canto.